

Paradójicas pararreligiones

José Manuel Domínguez Prieto

Profesor de Filosofía en I. B. Miembro del Instituto E. Mounier.

He aquí la gran paradoja: se hace burla del ayuno y la abstinencia pero se llevan a cabo rigurosísimos regímenes de adelgazamiento; se abandona todo rito comunitario dominical pero se asiste puntual y devotamente al recinto sacro-deportivo para asistir a la celebración futbolística; se califica de medievalizantes y trasnochadas las peregrinaciones a Santiago, Roma o Jerusalem pero causan entusiasmo los viajes turísticos a Cancún y se espera con embeleso la posibilidad de ir al Tibet, Nepal o a Katmandú. Se declara jactanciosamente una absoluta indiferencia respecto de Dios-Padre pero se reverencia y adora a la Tierra-Madre: la teología cede ante la ecología. Decece la pertenencia a comunidades eclesiales y la militancia pero por doquier proliferan las sectas; el sacerdote es ignorado cuando no despreciado pero se venera al vidente, al sanador, al santón o al gurú. La lectura espiritual da paso a la lectura del horóscopo, de la prensa deportiva y pornográfica, la oración a la meditación trascendental y se troca la jaculatoria por el mantra.

Tales contradicciones muestran la plausibilidad de la profecía de Malraux «el siglo XXI será religioso o no será». Estas creencias de reemplazo muestran que el fenómeno religioso no se destruye sino que se transforma. Pero muestra ante todo una fragmentación, una honda secularización y un estar de vuelta de estar de vuelta de la religiosidad clásica.

1. Modernidad, postmodernidad y secularización

En efecto, la modernidad y el pensamiento ilustrado instauraron en Occidente una nueva racionalidad autónoma, crítica, analítica y secularizada, con pretensión de superar todo mito y de desenmascarar toda irracionalidad. Nietzsche, Marx y Freud son las últimas estribaciones de este movimiento desenmascarador y crítico que proclama la muerte de Dios y pretende instaurar plenamente al hombre. Lo religioso queda cercenado o reducido a deísmo y a religión ci-

vil, como pretendieron Rousseau, Kant o Comte. Esta substitución de la fe en Dios por la fe en el Estado y Nación con su subsecuente sacralización tuvo claros exponentes en la Santa Madre Rusia de los zares, en los estados fascistas de comienzo de siglo y tiene hoy plena vigencia en Estados como los Norteamericanos o el Serbio. En España también ocurre: asistimos a una cierta sacralización por parte de algunos de lenguas como el gallego, euskera, catalán y castellano, de diversas historias parciales que pretenden de nuevo mostrar que estas naciones son tal nítidamente como «unidad de destino» autónoma y sacralización incluso del folklore o del equipo futbolístico local. Pero no rechazamos con esto el nacionalismo en sí: internacionalismo sin nacionalismo es vacío, aunque nacionalismo sin apertura internacional es ciego.

Mas dentro de los Estados occidentales, todos muy abiertos internacionalmente al Norte, asistimos, en general, a una sacralización de la democracia (que se pregona como valor absoluto, al que cabe entregarse con abnegación), con su templo-Parlamento, su cuerpo sacerdotal (parlamentarios), sus liturgias (sesiones parlamentarias), ritos (votaciones), su texto sagrado (Constitución), sus fiestas –auténticas hierofanías (Elecciones generales, locales o autonómicas, día de la Constitución)–, sus iconos y símbolos, etc.

Nos hemos detenido en las manifestaciones de esta «religiosidad civil» por mostrar cómo la pretensión de extirpar unas formas de religiosidad parece desembocar necesariamente en otras, más o menos camufladas. Pero esto es mucho más claro en la llamada postmodernidad.

Tras la «deconstrucción» racionalista de toda creencia religiosa en favor de unos dogmas metafísicos, epistemológicos y antropológicos, la postmodernidad supone la deconstrucción de los constructos racionales y la desmitificación de todas las desmitificaciones racionalistas, positivistas y cientifistas. Se rechaza toda sistematización totalizante en favor de lo fragmentario, se rechaza todo sentido emancipador y salvífico del progreso histórico, se relativiza toda afirmación y se experimenta una eclosión del individualismo y del ámbito de lo privado.

Este pensamiento fragmentario y descomprometido tiene su inmediato trasunto religioso. En primer lugar porque el nihilismo, relativismo y escepticismo que trae consigo la desmitificación de los desmitificadores franquean la puerta a nuevos mitos y a la credulidad más acrítica. Segundo porque surgen o cobran relevancia diversas formas religiosas fragmentarias y «a la carta».

Respecto de lo primero, desde la increencia racional se abre paso a la credulidad espiritualista. Surge todo un universo de ofertas parareligiosas, creencias, ritos y experiencias a gusto del consumidor que ni comprometen, ni liberan ni transforman pero sirven para «sentirse bien con uno mismo». En este enorme panteón todo es subjetivo, sentimental e intercambiable. Todos están arrodillados ante algún nuevo dios: el propio cuerpo o el de Claudia Schiffer, la Naturaleza, Beбето o Mauro Silva, Dicaprio, el equipo campeón de liga, la propia cuenta bancaria o el éxito profesional.

También está fragmentado el ámbito de lo místico: unos se asombran ante lo parapsicológico, otros ante lo ufológico y otros ante el espiritismo. También la fauna sacerdotal es polimorfa: curanderos, videntes, grafólogos, tarotistas y santones.

La infantilización de la formación religiosa de los adultos, ritualista y moralista, junto con esta mentalidad postmoderna, relativista y acrítica, son también caldo de cultivo de grupos esotéricos, gnósticos, científicos, acropolitas o teosóficos que están creciendo geométricamente.

2. La secularización del cristianismo

Junto a la mentalidad postmoderna, es el secularismo de la sociedad occidental otro de los factores clave a tener en cuenta en la cabal comprensión de la existencia de las nuevas formas de religiosidad y espiritualidad actuales. En España, aunque más de un 80% de la población esté bautizada, sólo se declaran como practicantes algo más del 25%, otro 25% como «poco practicantes» y el resto como indiferentes, agnósticos o ateos. Sin embargo estos datos estadísticos suponen un criterio muy parcial a la hora de categorizar un «practicante» pues lo identifican con el que asiste a ritos y cumple normas. Pero si atendiésemos al grado de compromiso con las propuestas evangélicas y a la militancia tendríamos que suponer datos más restrictivos. En efecto, muchos que se tienen a sí por buenos cristianos los domingos de doce a doce y media, en la Romería anual o en los Oficios de Semana Santa, viven el resto de sus trabajos y sus días desde parámetros éticos y experienciales semejantes a los indiferentes: moral de éxito, búsqueda del bienestar como horizonte moral y consumismo. Se desvanece la

creencia en la Providencia en favor de horóscopos y mancias, y el cómodo individualismo rechaza todo compromiso comunitario. Al final, se le llama boda al banquete y no al sacramento y la Primera Comunión o el Bautismo parecen más ritos de paso con trasfondo comercial que encuentro con lo sagrado. Como ya no se vive la experiencia cristiana como Acontecimiento, se la termina acusando de mero discurso, huera organización y de ser un «montaje de los curas».

Varias son las reacciones ante este secularismo: la aparición de ciertos movimientos y grupos hiperconservadores, el crecimiento de sectas, una estética y sentimental revalorización de las religiones budistas e hinduistas, eclosión de creencias y experiencias esotéricas y la aparición de nuevas formas profanas de religiosidad: divinización del deporte, de la naturaleza, el culto al trabajo o al cuerpo. En todo ello fue Nietzsche clarividente: el vacío creado por la muerte cultural de dios debía ser rellenado con una nueva fidelidad: la fidelidad a lo terrenal, a lo inmediato y sensible. De este modo, asistimos a que el resultado del desencantamiento de la realidad supone un nuevo reencantamiento. Destaquemos algunas de estas formas reencantadas.

3. Esoterismo como fragmentación religiosa

A pesar de la mentalidad cientifista y tecnólatra que acompaña a la cosmovisión postmoderna –o quizá sea causa de ello– se anhela como nunca el zambullirse en lo enigmático para tener algo excepcional por lo que conmocionarse o pasmarse. Series televisivas como *Expediente X* han captado bien esta demanda.

Dentro de estas creencias fragmentarias, el nivel más atávico se encuentra en la remozada creencia en el destino, en la *Moirá*. Promocionado por muchos medios de comunicación y en franca difusión dados los beneficios que genera, gozan de muy buena salud y no poco prestigio echadores de cartas, expertos en Tarot, astrólogos, brujos y adivinadores y toda suerte de charlatanes que ataviados con largas túnicas terminan por embaucar al gran público haciendo en no pocas ocasiones las veces de consejeros espirituales.

En este mismo orden de cosas está adquiriendo inusitada relevancia el ocultismo, la brujería, la demonología (la curiosidad por los exorcismos o la práctica de «misas negras» van en aumento), la angeología o el espiritismo, rebrotes todos de un viejo animismo que pretendiendo dominar las fuerzas del más allá lo hace en realidad con las de los seguidores crédulos del más acá. Incluso en el ámbito católico parecen desmesu-

rarse las pasiones y devociones creadas por continuas apariciones y curaciones milagrosas.

Otra cuestión distinta en apariencia es la que respecta a la parapsicología en tanto que intento de ciencia que trata de un conjunto de fenómenos psíquicos inusuales como la telepatía, la telequinesia, las premoniciones o la bilocación. Lo que podemos decir, en honor a la verdad, es que la mayor parte de las historias que se cuentan o son falsas o están muy aderezadas y guarnecidas literariamente, lo cual es necesario para dar cuerpo a la multitud de libros que continuamente se publican sobre la materia, las muchas películas sobre el llamado fenómeno *poltergeist* y las actividades de telépatas como Uri Geller que dan tanto que hablar a los ociosos. No negamos aquí que puedan existir esos fenómenos. Simplemente queremos afirmar que el conjunto de casualidades y de fenómenos psicológicos anómalos (¿por qué parapsicológicos?) se constituyen para muchos en un corpus de nuevas formas de gnosis. Así, se termina

afirmando que se «cree» en la telequinesia o que se «cree» en los OVNIS como si se tratase de una forma revelada más o de un *articuli fidei*.

4. Futbolatría, somatolatría y otras formas de religiosidad cotidiana

En todo este contexto que estamos analizando, surgen sorpresivamente unas formas parareligiosas que sin duda tratan de responder a nuevas necesidades espirituales. Estas nuevas «microrreligiones» comparten, según Carlos Díaz, unos caracteres comunes: politeísmo, privacidad de lo religioso (aunque se viva masificadamente), narcisismo, hedonismo, rechazo de toda forma de culpabilidad, ausencia de di-

mensión profética, sincretismo y gurucracia. El mismo Carlos Díaz da cuenta de manera crítica, no exenta de su acostumbrado humor, de las «posreligiosidades» naturistas, en las que se deifica la naturaleza y la ecología se estatuye como nuevo corpus dogmático. Trata también de las posreligiosidades fantásticas, y

sincréticas (como la *New Age*). Igualmente podríamos hablar de otras nuevas religiones cotidianas como el trabajo, la música Pop y Rock e, incluso, el sistema económico neoliberal. Pero por nuestra parte queremos profundizar en dos de las más cotidianas: la futbolatría y la somatolatría.

Sin duda a alguno le parecer exagerada esta categorización pero, ¿no parecen los Estadios de Fútbol grandes templos donde se reúnen los correligionarios para celebrar sus oficios lúdicos (habitualmente sabatinos o dominicales)? ¿No son los futbolistas idolatrados como dioses olímpicos? ¿No existen guerras de religión contra los infieles seguidores del otro equipo? ¿No aparecen integrantes como los Ul-

tras? ¿No supone ganar la liga una gran fiesta anual e incluso un auténtico Jubileo?

No sería arriesgado aventurar que si un supuesto antropólogo cultural de otra galaxia se acercase al mundo futbolístico desde fuera para hacer un trabajo de campo, bien podría describir el conjunto de fenómenos antementados como una forma de religiosidad muy popular. Y, en efecto, el fútbol supone una salida de lo cotidiano, un tiempo fuerte (ahora entre ligas, copas y recopas, casi diario) en el que se hace patente la fe en un club y en sus colores, y que se cultiva mediante la «lectura espiritual» de conocidas publicaciones deportivas. Se vive, en todo caso, con fuertes connotaciones emotivas, y de manera muy ritualizada: desde las procesiones para entrar en el Estadio hasta las reuniones en bares –remedo del gran templo– para asistir a la celebración y lograr el éxta-





sis en el momento místico cumbre: el gol. Gol: momento sagrado, salida de sí (éx-stasis), posesión por parte de los dioses (*enthousiasmós*). Sólo nos queda preguntarnos si esta experiencia finisecular es capaz de orientar toda la vida de la persona, si la transforma y hace más plena o más bien la anestesia, si es promocionante o alienante. En fin: los fútbolatras ¿forman iglesia o secta?

Del mismo modo, el cuerpo, su salud, atractivo sexual y belleza, son experimentadas con dimensión numinosa en la postmodernidad. Prueba de ello es el panteón de cuerpos perfectos que pueblan pasarelas y cintas de celuloide y que se presentan como causa final de todo deseo. El cuerpo esbelto, joven y flexible, atractivo y vigoroso aparece como valor supremo y como promesa salvífica. Por eso, un cuerpo esplendoroso resulta realmente una hierofanía que provoca asombro, admiración y respeto. Y a su servicio están toda una colección de diáconos: dietistas, cirujanos plásticos, maquilladores, esteticistas, monitores deportivos...

Los somatólatras comparten también la fe en el cuerpo perfecto como *fons vitæ* y *fons lætitiæ*. Y con esta fe, sus dogmas: el ideal de cuerpo-sin-grasa, unas medidas corporales consideradas perfectas y un peso considerado «ideal». Pero como la fe sin obras es algo muerto, se someten a un duro ascetismo diurético-laxante-deportivo para lograr la *metanoia*: dietas, barritas y pócimas adelgazantes, píldoras que favorecen el tráfico intestinal, bicicleta estática, senderismo o natación. Todo muy sano, muy natural, muy ecológico. Y, finalmente, el duro rito de el paso por la básica acusadora.

Sin embargo, tras el enorme sacrificio y ascetismo, se encuentra la satisfacción de las fiestas somatofónicas: desde los pases de modelos a la exhibición playera de los cuerpos en todo su esplendente y fulgente aparecer.

Legados a este punto debemos preguntarnos de nuevo: ¿la somatolatría es capaz de orientar toda la vida de la persona? ¿La transforma y hace más plena o más bien la anestesia? ¿Es promocionante o alienante?